

HACIA UNA FILOSOFIA DE LA EDUCACION CENTROAMERICANA

MATIAS ROMERO
Profesor y Ensayista Guatemalteco

¿PUEDE EXISTIR UNA FILOSOFIA CENTRO AMERICANA?

Siempre que se ha tratado de adjetivar el sustantivo "filosofía" poniéndole el colorante de lo nacional, de lo regional o de lo sectario, se ha planteado el problema de hasta dónde es posible esa adjetivación, sin que perezca el sustantivo, o por el contrario, hasta qué punto el sustantivo necesita en cada caso de sus respectivos adjetivos, de tal manera que sin ellos no podría tenerse en pie. ¿Fue realmente griega la filosofía hecha por un Sócrates o por un Aristóteles, y realmente germana la que pensó Kant, y realmente inglesa la de Hume, francesa la de Condillac, española la de Suárez o de Balmes, mexicana la de Vasconcelos?

Los anteriores adjetivos, no obstante su uso corriente en los textos e historias de la filosofía, parecen ser un atentado contra el carácter de UNIVERSALIDAD que se ha considerado esencial en la filosofía. Sin embargo, su aceptación o rechazo dependen, lógicamente, del concepto que se establezca de filosofía en la base de la discusión. Los griegos, los escolásticos y los tomistas nos impusieron el imperialismo de lo universal, hasta el grado de que a duras penas explican el conocimiento de lo singular. Los modernos, en cambio, y particularmente los artífices de la filosofía de la existencia, se aferran a lo individual y a lo concreto.

¿A quiénes les vamos a dar la razón? No es éste el momento de decidirlo ni de discutirlo. Nos apartaría demasiado de nuestro propósito inmediato. Por de pronto podemos aplicar a nuestro caso la cuestión y preguntarnos por una filosofía DE LOS CENTROAMERICANOS o hecha por centroamericanos, y dejar para otra ocasión el estudio de si esa filosofía en caso de que exista ya o de que se haga en el futuro, puede o no llamarse "centroamericana".

Si por filosofía entendemos el pensamiento de un pueblo, su actitud mental, su esfuerzo razonador y los caminos lógicos por donde ha dado salida a sus conflictos históricos, es indudablemente que hemos tenido esa filosofía en Centroamérica, desde los tiempos de los mayas, de los chortís, de los lenca y pipiles, hasta los nuestros de convulsión ideológica y euforia científica. Hemos tenido nuestra manera de vivir, nuestra manera de pensar, de sentir y de sufrir. El paisaje, la tierra en que vivimos y hasta

el cielo que nos cobija tienen un color, un amor y

Sin embargo esa filosofía no ha llegado a convertirse, ni siquiera en la pluma de los escritores más completos y coherentes, en un sistema, ni mucho menos en una conciencia que haya inspirado y guiado de manera clara los actos y decisiones de los grupos sociales. Esa "filosofía" ha sido siempre subterránea, subconsciente, instintiva, inconsciente, incompleta, y no pocas veces cambiante, incoherente e inconsistente. La labor de quien intentara hacer una filosofía de la historia centroamericana resultaría sumamente difícil. Fácil es que cada escritor escoja arbitrariamente su punto de vista y tinte de su personal color los acontecimientos. Lo difícil es llegar imparcialmente, científicamente, al fondo real de los acontecimientos y descubrir en ellos la energía que los mueve y el color que les da belleza. Seguramente ese motor interno del acontecer centroamericano no será como una fuerza organizada de TRACCION, sino, más bien, como los impulsos telúricos encadenados que se libentan en las erupciones volcánicas, en los terremotos y en las inundaciones. Otros pueblos, más cerebrales y voluntariosos, han sido racionales y calculadores hasta en sus manifestaciones de descontrol y crueldad. Nosotros, hasta en las organizaciones mejor planteadas y en nuestras instituciones permanentes, hemos hecho prevalecer no sé qué elementos irracionales y emotivos de capricho, de arbitrariedades, de inconstancia y de romanticismo enfermizo. Frecuentemente se dice esta frase hueca y abstracta: Los pueblos centroamericanos no han llegado todavía a la meta de sus ideales. Conviene radiografiar esas expresiones, esos anhelos, y preguntarse mejor: pero ¿es que realmente nos hemos propuestos alguna meta? ¿Cuál ha sido, concretamente, esa meta? ¿No hemos llegado ya a la madurez histórica suficiente para proponernos ideales concretos y preciosos? No llegaremos a ninguna parte los centroamericanos, y SI SEREMOS LLEVADOS A CUALQUIER PARTE POR LOS PAISES DOMINADORES, si seguimos siendo víctimas de nuestros propios impulsos subterráneos en vez de dominarlos, de utilizarlos y de hacerlos claros y conscientes para vencer a los enemigos y competir con los amigos.

¿SABEMOS LO QUE QUEREMOS LOS CENTROAMERICANOS?

Los grandes imperios del mundo se han caracterizados por la impresionante fuerza material de sus

ejércitos, por la fabulosa riqueza de su territorio y de sus instituciones comerciales, por la brillante con-

cepción de su destino histórico y por el dinamismo lógico y la rápida continuidad con que han desarrollado su cultura y su acontecer social.

Las historias corrientes que leemos sólo se fijan en las dos primeras características (la fuerza y la riqueza), pero no prestan atención a las dos últimas que son la clara conciencia del destino histórico y la lógica interna del hacer sociopolítico. Por esto se ha creído que sólo los países grandes pueden ser grandes y que los pequeños están condenados a ser irremediablemente pequeños. Nos han impresionado, nos han intimidado la fuerza de las armas y el brillo de la riqueza, pero no son estas fuerzas las que nos han esclavizado. Nos ha esclavizado la ignorancia de nuestro propio nombre. No hemos podido decir ni siquiera qué es lo que queremos. No hemos tenido conciencia de nuestro destino como naciones. Como consecuencia, no hemos sido lógicos y constantes en nuestra conducta histórica. He aquí el pecado de los países pequeños.

Descendamos un poco de estas especulaciones de filosofía de la historia y veamos los pequeños ejemplos de nuestras pequeñeces en el caso de Centroamérica.

“La región centroamericana, decía con mucha razón el Señor Ministro de Educación de Costa Rica, Licenciado Guillermo Malavassi Vargas, se ha perfilado como un modelo de unión de países dentro del conjunto de las naciones. Pero cuando se trata de participar en congresos internacionales, desaparece el buen espíritu regional, esa unión que da, indudablemente tanta fuerza a nuestros pueblos y se vuelve, para efectos de representación, a la “atomización” en unidades nacionales. Me parece que si nos congregamos porque nos sentimos hermanos porque habitamos en territorio que invita a estrechar lazos, porque tenemos mucho en común, porque la unión hace la fuerza, debiéramos buscar la manera de fortalecer ante el mundo esa unidad y no permitir que se debilite”. (Discurso inaugural de la Quinta Reunión Ordinaria del Consejo Cultural y Educativo de ODECA, en San José, Costa Rica, del 8 al 13 de febrero de 1968).

Las palabras que decía el Ministro Malavassi se refieren a un hecho o a una multitud de hechos que todos conocemos y lamentamos. Revelan estas palabras que los centroamericanos nos llamamos así, con este nombre pomposo y sonoro, sólo porque suena

ESPIRITU CENTROAMERICANISTA

El carácter y el perfil espiritual de los pueblos, hemos dicho, deciden no sólo su esencia sino también su consistencia y su perseverancia a través de las vicisitudes de la historia. Los pueblos que no tienen personalidad perecen, son disueltos y asimilados por las armas o por las letras de los pueblos superior-

res, pero en la realidad no tenemos todavía clara conciencia de lo que significa.

Desgraciadamente, o mejor dicho, lógicamente, nuestra actuación en las reuniones internacionales es apenas una breve y ocasional manifestación del mal cotidiano y crónico que en casa padecemos.

De la abundancia del corazón habla la boca. De esta triste abundancia que el griego del evangelio llama PERISEUMA TES KARDIAS, (abundancia o inmundicia del corazón), podríamos poner muchos ejemplos. Pero no es necesario. No es necesario que hablemos de las groserías que se cometen a veces en las aduanas de las fronteras. No hace falta que mencionemos las rencillas y mezquidades en los intercambios económicos y aquello de que cada uno quiere “trato preferencial” (casi diríamos “reverencial”), como si la integración centroamericana hubiera de hacerse de todos para uno y no de todos para todos. Pero no, no hablemos de eso, ni tampoco de los plenos de compadres en las fronteras por un árbol que nace “de acá de este lado” pero que una de sus ramas da con su sombra al otro lado. En estas cosas se gasta tiempo, tinta, papel y, a veces, hasta material humano y carne de cañón.

No, no hablemos de lo que abunda. Hablemos de lo que no abunda, es decir, de lo poco pero bueno que ya se viene haciendo en el sentido de la unión. La ODECA, Organización de Estados Centroamericanos, y el CRLT, Centro Regional de Libros de Texto, han venido haciendo una obra enorme, lenta, científica y delicadísima, en medio de una conspiración de silencio o de críticas desafortunadas que con saña apuntan a los errores sin fijarse para nada en la obra positiva y sin leer siquiera la abundante documentación noticiosa que envía la Oficina de Relaciones Públicas de la ODECA.

La ODECA y el Centro Regional de Libros de Texto, después de muchos años de ensayos y experiencias, han llegado a la clara convicción de que la unión tiene que comenzar por la educación. Niños y adultos debemos ser educados en la unión y para la unión. Cuando se haya formado la conciencia centroamericana y nuestros pueblos sepan claramente lo que desean en la marcha triunfal de la historia, entonces, aun sin la fuerza y la riqueza de los imperios monstruosos, seremos grandes en el espíritu.

fluyendo y conquistando espiritualmente a sus vencedores y al mundo. Tal fue el caso de los griegos, vencidos por los romanos pero siempre vencedores de sus vencedores a quienes marcaron con el sello de su literatura, de su arte, de su filosofía y hasta de su fe religiosa. Tal fue el caso de los mayas que incorporaron a su mitología los dioses y creencias de sus vencedores toltecas. Y tal sigue siendo por los siglos de los siglos el ejemplo sin igual del pueblo judío, pueblo extraño en el cual se juntan en indisoluble unidad la raza, la religión y la política.

Centroamérica es también un pueblo en el sentido étnico y cultural de la palabra. Sin embargo, por esos azares que han obstaculizado el normal desarrollo de nuestra edad cultural y política, la verdad es que no hemos logrado formarnos conciencia efectiva de nuestra unidad étnica y hemos vivido, desde los días de la independencia, a merced de voluntades extrañas que han intentado imponernos su modo de pensar, de sentir, de vestir, de creer, de cantar, de trabajar y de divertirse. Véase si teníamos o no razón al preguntarnos, en el capítulo anterior: ¿sabemos lo que queremos los centroamericanos? El que no sabe a ciencia cierta lo que quiere, termina por hacer lo que quieren los demás.

Estas consideraciones no son divagaciones sin fundamento. Señalan una triste realidad y una enfermedad espiritual que urge sanar. Del espíritu centroamericano, del que tantas veces se ha hablado en sonoros discursos, nosotros queremos decir solamente dos cosas, solamente dos pero muy importantes: Primero, que el espíritu centroamericano hay que crearlo; y segunda, que ese espíritu nuevo y tierno, como planta débil y extraña, hay que hacerlo crecer, defenderlo y propagarlo, no como se propaga un sonido o una noticia, sino como se comunican la emoción, el entusiasmo, la alegría y el amor.

Las múltiples experiencias de la ODECA y del Centro Regional de Libros de Texto han hecho ver la necesidad de avivar la llama del centroamericanismo y de valerse para ello de hombres escogidos entre los que se distingan por su espíritu comprensivo, conciliador, atento observador de las cosas que caracterizan a los países y sensibles para apreciar las bellezas y las glorias nacionales de cada uno de ellos. Los individuos de nacionalismo muy acentuado, propensos a la discusión y a la lucha ideológica o política, son los menos indicados para ocupar cargos cuya función primordial es la de estrechar relaciones, acortar distancias y cicatrizar las viejas heridas de las naciones.

El espíritu centroamericano y centroamericanista no se puede improvisar, ni consiste en un vago sentimiento poético, ni en un amor abstracto o en una simpatía natural que se siente por el paisaje, por la historia o por las gentes de Centroamérica. Este espíritu, por el contrario, involucra una serie de principios y convicciones, supone una determinada concepción del mundo y de la historia, y es una acti-

tud ética y jurídica ante los problemas y los anhelos del pueblo centroamericano.

A este respecto es importante consignar aquí que ésta ha sido una de las preocupaciones constantes de la ODECA y del Centro Regional de Libros de Texto. Cuando se pensó en la reestructuración del Centro y en su traslado a San Salvador, en el vecindario de la ODECA, de la cual depende, se pensó también en nombrar a un director centroamericano que poseyera, junto con las otras indispensables cualidades propias del cargo, la de 'una comprobada actitud centroamericanista'. Igual cosa sucede con los demás funcionarios de la ODECA.

Espíritu centroamericanista recomienda y exige también la Primera Reunión de Ministros de Educación de Centroamérica y Panamá (celebrada en Guatemala, en junio de 1955) cuando dice:

"Los textos de Geografía e Historia de Centroamérica deben tener contenidos que ^{deben} ^{proporcionar} ^{la} ^{base} ^{para} ^{el} ^{mantenimiento} ^{de} ^{la} ^{paz}, ^{de} ^{la} ^{confraternidad} ^y ^{com-} ^{pre-} ^{hensión} ^{internacional} ^{centroamericana}; ^{por} ^{con-} ^{si-} ^{guiente}, ^{deben} ^{abarcar} ^{los} ^{aspectos} ^{fundamentales} ^{de} ^{la} ^{Geografía}, ^{Física}, ^{Política} ^{(humana} ^y ^{econó-} ^{mica)}, ^{las} ^{principales} ^{realizaciones} ^{de} ^{la} ^{Historia} ^y ^{la} ^{vida} ^y ^{obra} ^{de} ^{los} ^{grandes} ^{hombres} ^{de} ^{cada} ^{país} ^{centroamericano}. ^{Los} ^{textos} ^{de} ^{Estudios} ^{Sociales} ^{no} ^{deben} ^{tener} ^{contenido} ^{que} ^{pueda} ^{contribuir} ^{al} ^{distanciamiento} ^{de} ^{los} ^{pueblos}; ^y ^{deberán} ^{aprovecharse} ^{para} ^{divulgar} ^{el} ^{conocimiento} ^{de} ^{la} ^{estructura} ^y ^{obra} ^{de} ^{las} ^{Naciones} ^{Unidas} ^y ^{sus} ^{organismos} ^{especializados} ^{en} ^{favor} ^{de} ^{la} ^{paz} ^y ^{seguridad} ^{internacional}, ^{así} ^{como} ^{el} ^{bienestar} ^{de} ^{los} ^{pueblos}".

El Convenio Centroamericano sobre Unificación Básica de la Educación se propone "fortalecer los vínculos espirituales de sus pueblos y aprovechar todos los recursos de mutua cooperación en el desenvolvimiento cultural, a fin de lograr la reestructuración de la Patria Grande".

Más adelante, en el artículo 4º del cap. I, habla de que "la educación en Centroamérica debe fortalecer la conciencia nacional y fomentar la conciencia centroamericana". En ese mismo capítulo se defiende el moderno concepto de que "los fondos destinados a la educación tienen calidad de inversiones" y señala luego, entre los fines de la educación, los siguientes:

"Fomentar el espíritu centroamericano y formar conciencia del destino común de los pueblos del istmo".

"Conservar y ampliar la herencia cultural del hombre centroamericano e incorporar a éste el progreso de la técnica moderna".

"Esforzarse por establecer la peculiar fisonomía del hombre centroamericano, a efecto de crear o seleccionar los sistemas educativos que más se adecúen a su idiosincracia".